



mi platea

Por **WILFREDO MAYORGA**



Siempre Alejandro Flores

EN OTRO AÑO DE SU RECUERDO

Tengo viva la imagen del personaje que estaba dentro de Alejandro Flores y que salía, se mostraba auténtico, cuando su dueño lo estimulaba conveniente.

No podría contar una sola anécdota de Flores — de esas tan comunes que destiñan la personalidad — porque no conviví con él sus años de glorias y fantasías ni aquellos de camarines y desencuentos; todo eso que es el caldo de cultivo de los falsos anecdotalistas donde al otro lado del alma está la verdad, el rincón de las sombras.

Cierto es que la visitaba con intermedios de semanas o de meses antes que farmásemos la complicidad de un estreno, pero aquellas pequeñas charlas en alguna salida nocturna o un espacio entre una función de la tarde y de la noche donde comentábamos los sucesos nacionales, no dejaron en mí la presencia humana, directa y franca del hombre que vivía arrinconado en ese artista cuya extrema condición histriónica la mostraba a cada paso por la calle, en un gesto junto a la mesa de un restaurante o de un café, antes de estar presente en el escenario.

Fue como consecuencia del estreno de mi comedia "EL CORAZÓN LIBITA

CON EL MAR" por la compañía que él dirigía en el Teatro Municipal cuando comenzamos a alternar nuestras charlas, pues nos veíamos con más frecuencia, todos los días a la hora de los ensayos. De allí salíamos por la tarde a tomar una taza de té o comíamos en algún sitio cerca del Municipal.

Entonces conocí a otro Alejandro Flores que deseaba hablar de otras cosas que no fuera el teatro. Le gustaba la política y analizaba a los gobernantes con la agudeza de un cirujano que maneja el escalpelo. Una vez fue candidato a diputado y no logró más votos que un par de docenas. Recuerdo que planteaba soluciones políticas fundamentadas en largos razonamientos morales y de profundo patriotismo, pues cuando Flores hacía referencia a ciertos padres de la patria los evocaba hasta las lágrimas. Aunque él era un obsesivo partidario de O'Higgins nunca creyó que podría servir de modelo contemporáneo porque "¿cómo vamos a recoger el mundo de ayer?" —decía sentencioso.

Recuerdo que una noche, después de ensayar un acto de mi comedia nos fuimos a cenar al restaurante Palermo que está en la calle Díez de Julio, pasada la de San Diego, hacia abajo y en la vereda sur, donde su

dueña, una encantadora mujer de medio siglo, adoraba a Flores a la vez que preparaba unos exquisitos platos a las brasas y una deliciosa "leche asada". Allí sin saber cómo ni cuando salió al camino de la charla la historia de su "donjuanismo". Hoy día no me admira lo que le oí aquella noche porque recuerdo que lo conversamos y discutió más de una vez en días de ocio.

Me contó esa madrugada que aquella leyenda — desde luego — halagaba su vanidad y ya formaba parte de su vida interior.

—Este no me deja vivir —agregó—, y muchos creen que por esos cuentos soy muy feliz. Hay que ver lo que uno tiene que aparentar en esta ruleta del teatro...

Y calló largo. Luego hablando muy bajo como si estuviese solo en una propia confesión, continuó:

—Y lo peor es que me he acostumbrado a este enorme enredo. Cuando estoy solo, a veces siento miedo que todo se derrumbe de repente. Si, me incomoda este temor que no sé hasta dónde llega y cuántas veces me vuelve melancólico sólo pensar que un día puedo estar terriblemente solo. Entonces salgo en busca de una sonrisa de mujer, de una bella aventura.

Desde aquella noche fuimos contentillos de ese tema. La soledad y el amor. Muchas veces me dijo: "Si hay que sentir siempre el amor, alguna vez con un poco de ironía y riendones de nosotros mismos, debemos buscarle al amor los raizancillos largos". Y comentaba: "Así se evitan terribles y fatales caídas que luego para olvidarias, hay que aturdirse".

A Flores le sucedía con frecuencia esa necesidad de aturdirse en sus fracasos amorosos que él con un fondo romántico los transportaba hasta la eternidad. Como buen amante no conocía cómo es el alma de una mujer después que logra ser conquistada, y sus amores lo abandonaban, una vez obtenido el triunfo. El donjuanismo de Flores era al revés. Las mujeres lo conquistaban.

Un día, cuando vivía solo y medio arrinconado en Avenida Vicuña Mackenna esquina de Almirante Simpson, conversamos sobre "existencialismo" que tan de moda estaba. Estimé que para él que vivía una existencia exigida, tremolante, le convendría conocer un libro de iniciación al tema y le llevé "Diario de un seductor", de Kierkegaard.

La reacción fue muy original. Por momentos se sintió identificado con el personaje, con Juan, que sale de su castillo donde altivo se rie del mundo y haje al amor... y luego vuelve nuevamente su alalaya espiritual.

—Juan es un cobarde —me dijo Flores—. No se quedó en el huerto a disfrutar las delicias y todo porque uno de los frutos le resultó un poco ácido. Me explico que el autor sea como su personaje, un buscador de una doctrina de la justificación.

Guardo algunas anotaciones que hizo.

En Alejandro Flores descubrí algo que sus amigos de muchos años no supieron y que él mismo me lo confesó.

El sabía muy bien lo que estaba viviendo, y por qué!

Las últimas Noticias, Sep, 15-1-1978, p.32

673800

Siempre Alejandro Flores [artículo] Wilfredo Mayorga.

Libros y documentos

AUTORÍA

Mayorga, Wilfredo, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Siempre Alejandro Flores [artículo] Wilfredo Mayorga. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile